

H HARLEQUIN™

Bianca™

NOVIAS DE
MILLONARIOS

Lynne Graham
Noche de bodas con el jeque



¡Iba a reclamar la noche de bodas que le debía! El jeque Zahir Ra'if Quarishi escandalizó a su gente cuando tomó a una mujer occidental como esposa. Y casarse con Sapphire Marshall resultó ser el mayor error que Zahir había cometido en su vida. Tan fría e intocable como los zafiros, la joya de la que provenía su nombre, Sapphire se escapó de su reino antes de compartir el lecho matrimonial, dejando a Zahir afrontar su vergüenza solo, y con cinco millones de libras menos en su cuenta bancaria. Pero su exesposa había sido vista en el desierto de su país y, antes de que pudiera escapar de nuevo, Zahir decidió borrarla de su mente de una vez por todas.

Editado por HARLEQUIN IBÉRICA, S.A.

Núñez de Balboa, 56

28001 Madrid

© 2013 Lynne Graham. Todos los derechos reservados.

NOCHE DE BODAS CON EL JEQUE, N.º 83 - Agosto 2013

Título original: The Sheikh's Prize

Publicada originalmente por Mills & Boon®, Ltd., Londres.

Publicada en español en 2013

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial. Esta edición ha sido publicada con permiso de Harlequin Enterprises II BV.

Todos los personajes de este libro son ficticios. con permiso de Harlequin persona, viva o muerta, es pura coincidencia.

® Harlequin, logotipo Harlequin y Bianca son marcas registradas por Harlequin Books S.A.

® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia. Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros

países.

I.S.B.N.: 978-84-687-3499-6

Editor responsable: Luis Pugini

Conversión ebook: MT Color & Diseño

Capítulo 1

Zahir Ra'if Quarishi, rey de Maraban, un estado del golfo pérsico, saltó de detrás de su escritorio cuando su hermano menor, Akram, entró de repente en su despacho.

–¿Qué ocurre? –exigió saber Zahir, estirándose hasta su metro noventa de altura y tensando el delgado y poderoso cuerpo como habría hecho el oficial del ejército que había sido, listo para incorporarse a la batalla.

Con el rostro más rojo de lo normal, Akram se paró en seco para hacer una reverencia al recordar, algo tarde, la etiqueta de la corte.

–Mis disculpas por la interrupción, Majestad...

–Supongo que hay una buena razón –concedió Zahir. Se relajó un poco al descifrar la expresión de Akram y comprender que algo privado y de índole personal había precipitado su impulsiva entrada en uno de los pocos sitios en los que Zahir solía poder disfrutar de la paz necesaria para trabajar.

Akram se puso rígido y su bien intencionado rostro mostró su vergüenza.

–No sé cómo decirte esto...

–Siéntate y respira hondo –le aconsejó Zahir con calma. Con su seguridad innata, acomodó su gran cuerpo en un sillón que había en un rincón de la habitación. Posó los ojos, oscuros como la noche, en el joven, mientras lo urgía a sentarse con un elegante gesto de la mano—. No hay nada de lo que no podamos hablar. Nunca seré tan intimidante como nuestro difunto padre.

Ese recordatorio hizo que Akram palideciera. Su difunto y poco querido padre había sido tan tirano y abusivo con su familia como en su papel de gobernante del que había sido uno de los países más

retrasados de Oriente Medio. Mientras Fareed el Magnífico, como había insistido en que lo llamaran, había ocupado el poder, la riqueza petrolífera de Maraban había fluido en una sola dirección: hacia los cofres reales. Entretanto, su pueblo seguía viviendo en la Edad Media, sin educación, tecnología ni asistencia médica. Hacía tres años que Zahir había accedido al trono y los cambios que había iniciado seguían suponiendo una tarea monumental. Consciente de que su hermano dedicaba casi cada hora del día a mejorar la vida de sus súbditos, Akram odiaba tener que darle la noticia de lo que había descubierto. Zahir nunca hablaba de su primer matrimonio. Era un tema demasiado controvertido. ¿Cómo no iba a serlo? Su hermano había pagado un alto precio por desafiar a su padre y casarse con una extranjera de otra cultura. Que lo hubiera hecho con una mujer claramente indigna de su fe solo podía ser una fuente mayor de agravio.

–¿Akram? –dijo Zahir, impaciente–. Tengo una reunión dentro de treinta minutos.

–Es... ella. ¡La mujer con la que te casaste! –Akram recuperó el habla–. Está en las calles de nuestra ciudad, avergonzándote mientras hablamos.

Zahir, paralizado, frunció el ceño y apretó con fuerza su ancha y sensual boca. Su espectacular estructura ósea se veía claramente bajo la tensa piel tostada de color miel.

–¿De qué diablos estás hablando?

–¡Sapphire está aquí rodando un anuncio de cosméticos para la televisión! –clamó Akram con tono de condena, airado por lo que consideraba un insulto inexcusable hacia su hermano mayor.

–¿Aquí? –repitió Zahir con incredulidad. Sus fuertes manos se cerraron en un puño–. ¿Sapphire está rodando aquí, en Maraban?

–Me lo ha dicho Wakil –le dijo su hermano, refiriéndose a uno de los antiguos guardaespaldas de Zahir–. No pudo creer lo que veía

cuando la reconoció. Es una suerte que nuestro padre se negara a anunciar vuestro matrimonio al pueblo. Nunca creí que viviríamos para agradecersele...

A Zahir lo anonadó la idea de que su exesposa se hubiera atrevido a poner un pie dentro de las fronteras de su país. La ira y la amargura inflamaron su poderoso cuerpo y volvió a incorporarse. Había intentado no amargarse y olvidar su matrimonio fracasado; pero eso era difícil cuando la ex de uno se convertía en una supermodelo de fama mundial, presente en innumerables revistas y periódicos, e incluso en un gigantesco panel publicitario en Times Square. Lo cierto era que solo cinco años antes había sido un blanco fácil para una astuta intrigante del calibre de Sapphire Marshall, y eso había dejado una mancha indeleble en su ego masculino. Con veinticinco años de edad, debido a la opresión de su padre, había sido virgen y lo desconocía todo de occidente y de las mujeres occidentales. Aun así, al menos había intentado que su matrimonio funcionara. Su esposa, por otra parte, se había negado a hacer el más mínimo esfuerzo para solucionar sus problemas. Había luchado duramente para conservar a una esposa que no quería serlo, que de hecho no soportaba que la tocara.

Peor para él, reflexionó con cinismo, porque ya no era ningún inocente en lo referente a las mujeres. El deplorable comportamiento de Sapphire le había quedado claro como el agua cuando dejó de lado sus idealistas suposiciones sobre el honor de su esposa: su mujer solo se había casado con él porque era un príncipe e increíblemente rico, no porque lo quisiera. Aunque imperdonable, su objetivo al casarse con él había sido la compensación económica que obtendría con el divorcio. Se había casado con una mujer que tenía una caja registradora por corazón; no solo le había sacado un montón de dinero, además había salido bien librada mientras que él había pagado las consecuencias con creces. Rechinó los blancos dientes y

chispas doradas encendieron sus fieros ojos. Si estuviera tratando con ella en el presente, como un hombre con experiencia, sabría exactamente cómo manejarla.

–Lo siento, Zahir –farfulló Akram, incómodo con la oscura furia que mostraba el rostro de su hermano–. Pensé que tenías derecho a saber que había tenido el descaro de venir aquí.

–Hace cinco años que me divorcié de ella –apuntó Zahir con dureza y rostro impasible–. ¿Por qué iba a importarme lo que hace?

–¡Porque es una vergüenza para nosotros! –se apresuró a afirmar Akram–. Imagínate cómo te sentirías si los medios de comunicación descubrieran que una vez fue tu esposa. ¡Debe de ser una desvergonzada sin conciencia para venir a Maraban a rodar su estúpido anuncio!

–Eso es una exageración, Akram –contraatacó Zahir, emocionado a su pesar por la preocupación de su hermano por él–. Te agradezco que me lo hayas dicho, pero ¿qué esperas que haga?

–¡Echarla a ella y a su equipo de rodaje de Maraban! –respondió su hermano de inmediato.

–Sigues siendo joven e impetuoso, hermano mío –dijo Zahir con sequedad–. Los paparazis siguen a mi exesposa dondequiera que va. Imagínate las consecuencias de expulsar a una celebridad mundialmente famosa. ¿Por qué iba a querer crear titulares que alerten a los medios de un pasado que tendría que seguir enterrado?

Cuando Akram se marchó, incapaz de creer que su hermano no hubiera expresado su deseo de venganza, Zahir realizó varias llamadas que lo habrían dejado atónito. Era una gran ironía, pero el astuto cerebro de Zahir estaba perpetuamente en guerra con la volátil pasión de su temperamento. Aunque no tenía ninguna lógica, quería la oportunidad de volver a ver a Sapphire en carne y hueso. Se preguntó si ese deseo implicaba que aún necesitaba poner fin a lo que había vivido con ella, o si era una curiosidad natural porque se enfrentaba al

hecho de tener que tomar a otra esposa. En otros tiempos, en su búsqueda desesperada de una solución para sus problemas con Sapphire, Zahir había leído todo tipo de libros sobre temas extraños antes de aceptar que la explicación más sencilla de lo aparentemente inexplicable solía ser la que más se acercaba a la verdad. Desde entonces, la vida de su exesposa había venido a confirmar que sus escépticas ideas sobre su auténtico carácter eran ciertas. Se había casado con una cazafortunas que quería ascender en sociedad y que no sentía nada por él. Era muy consciente de que Sapphire vivía cómodamente con un laureado fotógrafo de la fauna salvaje, el escocés Cameron McDonald. Presumiblemente no tenía problemas para acostarse con él... Los oscuros ojos de Zahir brillaron como brasas con ese incendiario pensamiento.

Saffy, obediente, inclinó su rostro arrebolado hacia la corriente de aire de la máquina de viento, para que su melena rubia flotara como una nube alrededor de sus hombros. Sus rasgos perfectos no denotaban ni una chispa de su creciente irritación e incomodidad. Saffy era una gran profesional cuando estaba trabajando. Pero se preguntaba cuántas veces habían retocado ya su maquillaje por el agobiante calor. Se derretía en su cara. Y el equipo de seguridad no dejaba de interrumpir el rodaje para hacer que la multitud de excitados espectadores retrocediera y diese a sus colegas espacio para trabajar. Ir a Maraban a filmar el anuncio de cosméticos Hielo del Desierto había sido un gran error. Los sistemas de apoyo que el equipo de rodaje daba por hechos eran inexistentes.

—Dame esa mirada sexy, Saffy —suplicó Dylan, el fotógrafo—. ¿Qué te pasa esta semana? No estás en forma...

Como si alguien le hubiera lanzado una descarga eléctrica, Saffy intentó darle la expresión que le pedía; odiaba que alguien se diera

cuenta de que no estaba de buen humor. Mentalmente, luchó por centrarse en la fantasía que nunca dejaba de poner la tan cacareada mirada de deseo en su rostro. Reflexionó durante un momento que era cruelmente irónico que tuviera que centrarse en algo con lo que había soñado a menudo, pero no experimentado en la realidad. Sin embargo, cuando estaba rodando una toma que a sus clientes les costaba miles de libras no tenía tiempo para dejar que esos malos pensamientos resurgieran. Con la fuerte determinación que sustentaba su temperamento, Saffy enterró los inquietantes recuerdos y buscó la familiar imagen: un hombre con el pelo negro como el ébano que caía hasta sus hombros, un hombre que exudaba magnetismo animal por cada poro de su poderoso y delgado cuerpo desnudo y de piel tostada. En cada imagen volvía la cabeza lentamente para mirarla, mostrando sus asombrosos ojos dorados, rodeados de pestañas tan negras y espesas que eran como lápiz de ojos para un hombre tan viril y apasionado que le quitaba el aliento. Y todas esas frustrantes respuestas inundaron su cuerpo como una ola, sus pezones se tensaron bajo la seda que lucía y todo su cuerpo se humedeció de deseo.

–Eso es. ¡Exactamente eso! –gritó Dylan entusiasmado, saltando a su alrededor y fotografiándola desde todos los ángulos, mientras ella cambiaba de posición con lánguida facilidad–. Baja las pestañas un poco más, queremos ver esa sombra de ojos... perfecto, cariño, ahora haz un mohín con esa deliciosa boca...

Pasaron un par de minutos antes de que Saffy volviera de repente al calor, el ruido y la curiosa multitud, con sus grandes ojos azules reflejando incomodidad por la inmensa atracción que causaban. Pero Dylan tenía las fotos que quería y saltaba por todas partes como un maniaco. La concentración de Saffy había desaparecido, y cuando miró por encima de la multitud vio un vehículo aparcado en la cima de la enorme duna de arena dorada, y una figura con túnica al lado,

Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

